

La construcción de la alcantarilla de París no ha sido una obra insignificante. Los últimos diez siglos han trabajado en ella sin poder terminarla, como tampoco han podido acabar á París. La alcantarilla sigue paso á paso el desarrollo de París. Es, en la tierra, una especie de pólipo tenebroso de mil arterias, que crece debajo, al mismo tiempo que la ciudad crece encima. Siempre que la ciudad abre una nueva calle, el albañal alarga el brazo. La vieja monarquía no había construído sino veintitres mil trescientos metros de alcantarilla, á ese punto había llegado París en 1.º de enero de 1806.

Partiendo de esa época, de la que volveremos á hablar luego, la obra ha sido útil y enérgicamente reformada y continuada. Napoleón ha construído (los guarismos no dejan de ser curiosos) cuatro mil ochocientos treinta y seis; Luis Felipe, ochenta y nueve mil y veinte; la república de 1848, veintitres mil trescientos ochenta y uno; el actual gobierno, setenta mil y quinientos; total hasta el día, doscientos veintiseis mil seiscientos diez metros. Setenta leguas de alcantarilla; entrañas enormes de París.

Ramificación obscura y jamás en descanso; construcción ignorada é inmensa.

Resulta, pues, que el laberinto subterráneo de París es hoy más que décuplo de lo que era al principio del siglo. Da pena figurarse la perseverancia y los esfuerzos que han sido menester para conducir esa cloaca al punto de perfección relativa en que se encuentra ahora. Con ímprobo trabajo habían podido el viejo prebostazgo monárquico y, en los últimos años del siglo xviii, el corregimiento revolucionario, llegar á construir las cinco leguas de albañal que existían antes de 1806. Obstáculos de todo género embarazaban tal operación; los unos, propios de la naturaleza del terreno; los otros, inherentes á las preocupaciones mismas de la población laboriosa de París.

Hállase París edificado sobre un terreno que se resiste á la azada, al hacha, á todo trabajo humano. Nada más difícil que perforar y penetrar esa formación geológica, á la que se superpone la maravillosa formación histórica llamada París. En cuanto la mano de obra, bajo una formación cualquiera, se empeña y aventura en ese terreno de aluvión, las resistencias abundan. Es arcilla líquida; son manantiales vivos, duras rocas, légamo blando y profundo que la ciencia especial designa con el nombre de mostaza. El pico adelanta dificultosamente en las capas calcáreas, que alternan con hilos de greda muy delgados y capas muy esquistasas de hojas incrustadas de conchas de ostras, contemporáneas de los Océanos preadamitas.

Ya es un arroyo que hace reventar de improviso una bóveda principiada é inunda á los trabajadores; ya es una irrupción de marga que se abre camino y se precipita con la furia de una catarata, rompiendo como vidrio los más fuertes maderos. Recientemen-

te, en Villette, cuando fué preciso, sin interrumpir la navegación ni variar el cauce, hacer pasar la alcantarilla colectora por debajo del canal de San Martín, se abrió una grieta en el depósito principal, cayendo de repente el agua en el subterráneo, sin que bastasen las bombas á detener la inundación. Hubo que apelar á un buzo, el cual, con mucho trabajo, logró al fin tapar la grieta que estaba en el mismo boquete del depósito.

Cerca del Sena, y también bastante lejos de este río, como por ejemplo en Belleville, en la calle Grande y el pasaje Lunière, hay arenas sin fondo, donde un hombre puede deslizarse y desaparecer á ojos vistos. Agréguese á todo esto la asfixia, causada por los miasmas, los derrumbamientos que sepultan en vida y los hundimientos repentinos. Agréguese también el tifus, de que los trabajadores se impregnan lentamente.

En nuestros días, después de haber abierto la galería de Clichy, con banquetta para recibir una cañería de Ourcq, trabajo ejecutado en zanja á diez metros de profundidad; después de haber, á pesar de los derrumbamientos, y con ayuda de las excavaciones, muchas veces pútridas, y de los apuntamientos, formado la bóveda de la Bièvre desde el boulevard del Hospital hasta el Sena; después de haber, con objeto de liberrar á París de las aguas torrenciales de Montmartre y dar salida á esa charca fluvial de nueve hectáreas que se corrompía junto á la barrera de los Mártires; después de haber, repetimos, construído la línea de alcantarilla de la barrera Blanca al camino de Aubervilliers, en cuatro meses, día y noche, á la profundidad de once metros; después de haber ¡cosa no vista hasta entonces! hecho subterráneamente un albañal en la calle Barre-du-Bec, sin zanja, á seis metros debajo del suelo, el conductor

Monnot murió. Después de haber hecho tres mil metros de alcantarilla en todos los puntos de la ciudad, desde la travesía de San Antonio á la calle de la Ourcine; después de haber, por medio del empalme de la Arbalète, aliviado de las inundaciones pluviales la encrucijada Censier-Mouffetard; después de haber construído la alcantarilla de San Jorge sobre cimientos de rocas y con hormigón en arenas movezizas; después de haber dirigido el temible descenso de zampeado del ramal de Nuestra Señora de Nazareth, el ingeniero Duleau murió también.

No hay boletines para estos actos de bravura, más útiles, sin embargo, que la brutal carnicería de los campos de batalla.

Las alcantarillas de París estaban lejos de ser en 1832 lo que son hoy. Bruneseau había dado el impulso; pero se necesitaba el cólera para determinar la vasta construcción que después se ha llevado á efecto.

Sorprende oír decir, por ejemplo, que en 1821 parte del albañal del centro, llamado el Canal Grande, como en Venecia, se corrompía aún al aire libre, en la calle de Gourdes (Calabazas). En 1823 fué cuando la ciudad de París encontró en sus bolsillos los doscientos sesenta y seis mil ochenta francos y seis céntimos, necesarios para cubrir semejante inmundicia. Los tres pozos absorbentes del Combate, de la Cunette y de Saint-Mandé, con sus abismos, aparatos, pozos perdidos y ramales depuratorios, no alcanzan más que á 1836. El muladar de París ha sido hecho de nuevo y, como ya hemos dicho, se ha decuplado con mucho de veinticinco años á esta parte.

Treinta años hace, en la época de la insurrección de 5 y 6 de junio, era aún, en bastantes sitios, casi la alcantarilla antigua. Muchas calles, que hoy for-

man comba, eran entonces calzadas con grietas. A menudo se veía, en el punto donde iban á parar las vertientes de una calle ó de una encrucijada, grandes rejas cuadradas y provistas de gruesos barrotes, cuyo hierro lucía bruñido por los pasos de la multitud, peligrosos y resbaladizos para las caballerías de los carruajes.

En 1832 la antigua cloaca gótica mostraba aún cínicamente sus bocas en muchas calles, á saber: la Estrella, San Luis, el Temple, Viejo del Temple, Nuestra Señora de Nazareth, Folié Mericourt, Quasi (muelle) de las flores, Petit-Musc, Normandía, Pont-aux-Biches, Marais, San Martín, Nuestra Señora de las Victorias, Montmartre, Grange Batelière, Campos Elíseos, Jacob y Tournon. Eran enormes aberturas de piedra, á veces rodeadas de guardacantones, con una impudencia monumental.

París, en 1806, no tenía casi más alcantarillas que en 1663; cinco mil trescientas veintiocho toesas. Después de Bruneseau, el 1.º de enero de 1832 tenía cuarenta mil trescientos metros. De 1806 á 1831 se habían construído anualmente, por término medio, setecientos cincuenta metros. En los años posteriores ha tocado á cada uno de ocho á diez mil metros de galerías, todo de mampostería, con baño de cal hidráulica y cimientos de hormigón. A doscientos francos el metro, las sesenta leguas de alcantarilla del París actual representan un capital de cincuenta y ocho millones.

Además del progreso económico que al principio hemos indicado, asóciase graves problemas de higiene pública á esta inmensa cuestión: la alcantarilla de París.

París está entre dos capas; una de agua y otra de aire. La capa de agua, extendida á una profundidad bastante grande, pero que ha sido ya sondeada dos

veces, proviene de la capa de asperón verde, situada entre la creta y la calcárea jurásica, que puede representarse por un disco, cuyo radio mida veinticinco leguas. Multitud de ríos y de riachuelos rezuman allí; en un vaso de agua del pozo de Grevelle se bebe el Sena, el Marne, el Yonne, el Oise, el Aisne, el Cher, el Vienne y el Loira. La capa de agua es saludable; viene primero del cielo y luego de la tierra. La capa de aire es malsana; viene de la alcantarilla. Todos los miasmas de la cloaca se mezclan á la respiración de la ciudad: de ahí el mal aliento. El aire que se respira junto á un estercolero, está probado científicamente, es más puro que el aire que se respira en París. En un tiempo dado, con la ayuda del progreso, después que se perfeccione el mecanismo y que la luz se difunda, se empleará la capa de agua en purificar la capa de aire; es decir, en lavar la alcantarilla. Sábese que por esta palabra «lavar la alcantarilla» entendemos: restituir el fango á la tierra, el estiércol al suelo, el abono á los campos. Resultará de este solo hecho, para toda la comunidad social, la disminución de la miseria y el aumento de la salud. Hoy por hoy la irradiación de las enfermedades de París se extiende á cincuenta leguas en derredor del Louvre, tomado como centro de ese círculo contagioso.

Pudiera decirse que, desde hace diez siglos, la cloaca es la enfermedad de París. La alcantarilla es el vicio que la ciudad tiene en la sangre. El instinto popular no se ha engañado nunca. El oficio de pocero era en otro tiempo casi tan peligroso y casi tan repugnante al pueblo, como el de descuartizador, reputado tan horrible durante mucho tiempo y que se dejaba al verdugo. Necesitábase el incentivo de una paga crecida para que el albañil se decidiese á bajar á ese fétido abismo; poníase la escalera de mala

gana y era corriente el dicho: *bajar á la alcantarilla es como entrar en la fosa*. Leyendas de todas clases, según llevamos relatado, cubrían de espanto ese vertedero colosal; temible sentina donde aparece la huella, así de las revoluciones del globo, como de las revoluciones de los hombres, y en la cual se encuentran vestigios de todos los cataclismos, desde las conchas diluvianas, hasta el harapo de Marat.

LIBRO TERCERO

Á UN TIEMPO LODO Y ALMA